

PEDAGOGIA DE CONFIANZA

ÌNDICE

I. La pedagogía de confianza en el conjunto del sistema pedagógico

1. La meta pedagógica: formar personalidades animadas por la confianza
2. Una pedagogía marcada por la confianza

II. La educación en y para la confianza

1. Aclaración previa
2. Cultivo de la confianza a partir de las primeras vivencias
3. La creación de un ambiente de confianza entre el educador y los suyos

III. La pedagogía de confianza y la actitud de un profundo respeto

1. Respeto y amor son dos actitudes inseparables en la educación
2. Cómo se educa el educador para el respeto
3. Cómo se educa al educando para el respeto

IV. La pedagogía de confianza en el trasfondo de la gracia

1. Observando la realidad
 - 1.1. Una confianza y fe sobrenaturales
 - 1.2. El sentimiento de la propia dignidad y la confianza a la luz de la fe
 - 1.3. El llamado a realizar grandes cosas
2. Necesidad de fortalecer la confianza y esperanza sobrenatural
 - 2.1. La confianza del educador en sí mismo
 - 2.2. Confiar en la Providencia divina
 - 2.3. La semilla de la confianza sobrenatural germina en la buena tierra

I. La pedagogía de confianza en el conjunto del sistema pedagógico

1. La meta pedagógica: formar personalidades animadas por la confianza

Cuando nos referimos a la meta de la pedagogía kentenijiana, se explicó que ésta buscaba la formación de un nuevo tipo de hombre, que encarnase el ideal del hombre nuevo en Cristo Jesús y respondiese a los desafíos y requerimientos de nuestro tiempo.

Se trata de la formación de un hombre íntegro, que goce de una alta autoestima, que se posea a sí mismo y que, estando anclado en una comunidad, se proyecte creadoramente en el acontecer histórico, superando la angustia e inseguridad que dominan en el hombre actual.

La carencia de autoestima, de confianza en sí mismo y en los demás, echa sus raíces en la misma naturaleza humana, que está marcada por el signo de la contingencia y por la herida que ha dejado en ella el pecado original y personal. Hoy, por ejemplo, estamos sanos, mañana enfermos. Hacemos planes como si fuésemos a vivir muchos años, y de un día a otro se extingue nuestra vida. Hoy tenemos éxito y mañana cosechamos fracasos. El hecho es que podemos ser y no ser. Como afirmaban los filósofos existencialistas: lo único seguro es que vamos camino hacia la muerte; somos seres marcados con el signo de la contingencia.

Queremos valer como personas, pero cuán doloroso resulta experimentar constantemente nuestras debilidades y miserias y sufrir, al mismo tiempo, las debilidades y miserias de los demás. Una y otra vez, vemos cómo nuestra voluntad claudica y nuestros instintos desordenados nos juegan malas pasadas.

No sólo sufrimos desengaños por fallas y reveses que tienen su origen en nosotros mismos, sino por las faltas, caídas o pecados de quienes nos rodean. Las traiciones, la maldad, los falsos amigos, todas esas experiencias nos hacen desconfiar de los demás y sentirnos doblemente inseguros, a merced de las olas de un mar encrespado.

Pero hay algo más. A lo dicho –que ha estado y estará siempre presente– se agrega que hoy vivimos inmersos en una cultura donde se respira inseguridad, donde abundan factores que generan desconfianza. El temor ante una economía fluctuante, el miedo a perder el empleo, las envidias, la sobre exigencia y la presión de tener éxito, el estar sometido a la competencia, etc., hacen que el hombre contemporáneo se sienta tremendamente vulnerable e inseguro.

Normalmente la persona requiere de un ambiente donde experimente ser acogido y donde pueda sentirse integrado, cosa que hoy no abunda. Uno de los factores que generan más desconfianza y desesperanza, proviene del hecho que vivimos en un mundo donde los vínculos interpersonales, los lazos afectivos, especialmente en relación a la familia, los vínculos de amistad, como también las relaciones en el mundo de los negocios, de la política y del trabajo, se han debilitado hasta el extremo. ¿En quién se puede realmente confiar? ¿Qué valen hoy la lealtad, las promesas de amor y de fidelidad?

La carencia de amor genera un descubijamiento existencial que hunde sus raíces hasta el subconsciente: se desconfía instintivamente de sí mismo y de los

demás. La desconfianza horada, daña y destruye la paz interior, la felicidad y el optimismo.

Si a esto se agrega el hecho de la ausencia de Dios que padece nuestra cultura, resulta aún más oscuro el panorama.

El subproducto de esta cultura es el hombre-masa: un hombre sin autoestima y, por eso, acomplejado, angustiado y receloso, adicto a jugar roles y ponerse máscaras o buscar compensaciones de todo tipo, que le regalen paz, para poder sentirse bien y verse libre de la angustia y del sentimiento de desamparo que lo embarga, aunque sea efímeramente.

Hoy abundan las personas desconfiadas y interiormente desguarecidas, que no logran integrarse positivamente en la sociedad, que viven en tensión, entre la angustia y la búsqueda de compensaciones, que, en medio de esta realidad, anhelan y necesitan cobijamiento y amor, que buscan “valer”, “ser alguien”, “participar”, ser tomadas en cuenta y creer que puede realizar cosas.

Pero estas realidades no nos debieran conducir al pesimismo y a la desesperanza: la naturaleza humana, si bien está herida, no está corrompida. El ser humano, por sus propias fuerzas y la ayuda de la gracia, que sana sus heridas, es capaz de superarse a sí mismo y de luchar por una humanidad redimida.

¿Cómo revertir, entonces, este proceso cultural? ¿Cómo lograr que el hombre actual experimente seguridad, que no caiga en la depresión y mire el futuro sin angustia? ¿Qué respuesta damos a este enorme desafío cultural?

Normalmente se responde: “reforzando la autoestima”. Se trata de convencer a la persona que descubra sus valores. Esto puede quizás ayudar algo, pero ciertamente no basta.

Creemos que la respuesta a este desafío ciertamente es, en primer lugar, de orden pedagógico.

2. Una pedagogía marcada por la confianza

Desde la perspectiva recién señalada, se puede apreciar la ingente tarea que comporta la puesta en práctica de una pedagogía de confianza, que sane interiormente a las personas, que les haga posible ganar una real conciencia de su dignidad y propio valer. Es preciso poner en juego todo un sistema de educación que, más allá de los factores adversos que hemos mencionado, permita que la persona de verdad llegue a poseer un sentimiento anímico positivo, que le lleve a confiar en sí mismo.

La pedagogía de confianza es una pieza esencial del sistema pedagógico kentenijiano. Conocemos sus pilares básicos: la pedagogía del ideal, de vinculaciones y de la alianza. Esta tríada pedagógica se aplica a través de la pedagogía de libertad, de movimiento y de confianza. Para ello se pone en juego por entero la persona del educador, la comunidad educativa, la autoformación y el poder de la gracia.

Todas estas pedagogías están interrelacionadas, conformando un mismo proceso pedagógico. Por eso, si ahora centramos la mirada en la pedagogía de

confianza, siempre se debe tener en cuenta que ésta, de una u otra forma, está presente durante todo el proceso educativo.

Así, por ejemplo, lo está en la pedagogía del ideal, la cual se fundamenta en el hecho de que el educador cree que cada persona está llamada a lo más alto, a la excelencia. Por cierto tiene en cuenta que no se trata de que el educando deba alcanzar la perfección máxima en todos los órdenes, sino en relación a su originalidad y al llamado de Dios. En esta dirección, el educador cree y actúa motivando al educando a la magnanimidad, a encarnar actitudes que responden al llamado a “ser perfectos como el Padre celestial es perfecto” (cf. Mt 5, 48). En otras palabras, cree en el llamado a la santidad de las personas y que, para lograr ese ideal, Dios las ha dotado de capacidades, les brinda el apoyo de su gracia y las conduce con su Providencia divina.

La *pedagogía de vinculaciones* también implica la confianza. Los vínculos personales y comunitarios sólo se establecen en un ambiente donde reina la confianza. El educador tiene que acoger a los suyos de modo que confíen en él y, por otra parte, debe enaltecerlos, haciéndoles sentir su aprecio y respeto por ellos. Sólo si promedia la confianza se puede aplicar una real pedagogía del amor.

De modo semejante, la *pedagogía de alianza* busca establecer un estrecho vínculo y relación personal con María, la Madre del Señor, en virtud del cual los educandos se entregan plenamente, con confianza filial, al cuidado maternal de la Virgen María. Sellar una alianza de amor con ella, les permite confiar en sí mismos y emprender, bajo su protección, grandes cosas: confían porque María confía en ellos.

Por la *pedagogía de movimiento* el educador motiva a los suyos confiando justamente en que ellos poseen la capacidad y los impulsos positivos que los encaminan hacia la plenitud de su personalidad. El educador, más allá del hecho de las múltiples heridas de la naturaleza humana, confía en ellos, en los instintos que Dios ha puesto en su interior, en su capacidad de razonar para descubrir por sí mismos la verdad y lo que es bueno para ellos.

La *pedagogía de libertad* igualmente supone la pedagogía de confianza, ya que el educador está llamado a dejar espacios de libertad para la autodecisión y autorrealización de quienes tiene a su cuidado. Esto lo puede hacer sólo si confía en ellos. Y esa confianza que les entrega logra que ellos refuercen su capacidad de decidir y realizar cosas. Si no poseyeran confianza en sí mismos, no se arriesgarían a dar los pasos que requiere su crecimiento y superación personal.

Por todo esto, es importante dedicar una reflexión específicamente centrada en esta dimensión del sistema pedagógico kentenijiano.

II. La educación en y para la confianza

1. Aclaración previa

Antes de adentrarnos en el análisis de la pedagogía de confianza, es preciso aclarar algunos términos. Existe *una estrecha relación entre confianza y*

esperanza: son dos aspectos de una misma actitud. Se espera con confianza y se confía lleno de esperanza.

La actitud de confianza se refiere a la propia persona: confiar en sí mismo y en las propias fuerzas, o bien confiar en la ayuda que otros le prestarán para conseguir lo que anhela alcanzar.

La autoestima o conocimiento de nuestro propio valor y capacidades infunde en el alma el sentimiento y la conciencia de seguridad: regala a la persona confiar en sí misma.

La esperanza mira al futuro, a bienes que se estima posible alcanzar, aunque aún no se posean. El pesimismo, la pusilanimidad, el derrotismo son actitudes contrarias a la esperanza. El pesimista cree que no será posible lograr vencer los obstáculos que superan sus fuerzas, o que otras realidades y circunstancias adversas le impedirán alcanzar lo que desearía tener o conquistar.

Si decimos que tenemos confianza en alguien es porque esa persona nos ha demostrado por su ejemplo, por su sabiduría, por su actitud respetuosa, por su generosidad y lealtad, por su autenticidad y responsabilidad, por lo que ella es y hace, que se va a jugar por nuestro bien, que cree en nosotros, que si nos da un consejo nos será útil, que si necesitamos ayuda, nos la brindará. Esa persona se ha ganado entonces nuestra confianza.

La confianza, por lo tanto, denota seguridad en sí mismo. Seguridad que se refuerza con la conciencia de estar ante personas "confiables". Todo ello nos regala optimismo y nos permite superar, confiados y esperanzados, la inseguridad y los temores que albergamos en nuestro interior. Creemos, entonces, esperanzados, que nos será posible alcanzar lo que aún no poseemos. Se vence de esta forma la incertidumbre, el recelo, el sentimiento de desvalimiento, pusilanimidad y timidez.

La confianza y la esperanza se dan en dos niveles: natural y sobrenatural. Se confía en la propia persona, es decir, se posee una alta autovaloración y/o se confía en esa fuerza personal fortalecida y elevada por la gracia. Confluyen de este modo la conciencia del propio poder y del poder de la gracia que actúa en nosotros.

De modo semejante, la esperanza se da en el plano humano: la persona se propone realizar o alcanzar algo, cree y confía con optimismo que lo va a lograr. La esperanza sobrenatural fecunda esa esperanza natural y la eleva de tal forma que la persona tiene la certeza de que conseguirá lo que Dios ha prometido, aunque humanamente no parezca posible. Confía plenamente en el poder, la sabiduría y misericordia del Dios providente. La confianza y esperanza sobrenatural infunden en nosotros una actitud de optimismo y seguridad victoriosa que supera toda la fragilidad y límite humano.

2. Cultivo de la confianza a partir de las primeras vivencias

Hechas estas aclaraciones, retornamos a la pregunta planteada: cómo lograr que el individuo llegue a ser una persona segura, que posea confianza en sí mismo y en sus capacidades, que se auto-valore positivamente, superando todo complejo de inferioridad, angustia e inseguridad. Cómo lograr

pedagógicamente que mire al futuro con optimismo, sin caer presa de la incertidumbre o del presagio de que todo le saldrá mal.

Primero nos referiremos a los factores que condicionan anímicamente a que la persona se predisponga positiva o negativamente a confiar.

Durante el período del desarrollo de la niñez y de la adolescencia es cuando los padres juegan un rol de vital importancia en la educación de la confianza. En la etapa escolar, se suma a ello la influencia que ejercen los educadores y la comunidad escolar.

La educación en y para la confianza comienza desde la concepción de la persona. Los padres, desde el inicio, están llamados a aceptar la existencia del ser que han engendrado. Una disposición anímica contraria, de rechazo al embarazo, de una u otra forma, repercute en el recién nacido. Lo “sentirá” y registrará en su inconsciente, sobre todo si ese rechazo primario se mantiene durante la niñez.

La acogida primaria positiva que le brindan los los padres, la experimenta el niño en forma tangible a través del cobijamiento que le regala la madre y el padre, de su cuidado, caricias y de su cariño lleno de afecto y respeto. De esta forma, poco a poco se va afianzando en su alma el sentimiento profundo de que él es un ser valioso y aceptado gozosamente en este mundo.

Este sentimiento de cobijamiento existencial, por cierto inconsciente en esa etapa, se refuerza cuando el niño es recibido en el seno de una familia, donde tiene un lugar propio y se sabe apreciado por sus hermanos y por el círculo familiar.

Bienaventuradas las personas que cuentan hoy con padres que de este modo han podido transmitirles a sus hijos una confianza “instintiva”. Bienaventurados, además, cuando han podido formar parte de una familia donde han experimentado un ambiente cálido de acogida, de unión y solidaridad.

Si éste ha sido el caso, el niño, el adolescente o, más tarde, el joven, contará, sin mayores cuestionamientos, con una seguridad y conciencia del propio valer “irreflexivas”, lo cual le permitirá también integrarse en la sociedad sin mayores problemas.

Si éste no ha sido el caso, el niño tendrá que luchar contra una inseguridad existencial, que cala más hondo que la inseguridad consciente. Es imperiosa entonces la necesidad de que encuentre en su camino educadores que le brinden, de algún modo, el cobijamiento, la aceptación y valoración que no pudo recibir de sus padres biológicos. Por otra parte, requiere sanar su psique integrándose en una comunidad donde pueda “recuperar” un ambiente de acogida familiar y con ello reforzar la confianza en sí mismo.

Junto con sentirse recibido y valorado, desde muy temprano y de acuerdo a su edad, el niño debe experimentar que él es capaz de hacer cosas por sí mismo. Pequeñas tareas, encargos a realizar, asumir tal o cual función en el quehacer cotidiano, diversas responsabilidades, pequeñas y grandes, constituyen un refuerzo de gran importancia para su futuro.

Él debe sentir que puede decidir por sí mismo, que puede realizar y emprender tareas y sortear obstáculos con responsabilidad. Padres y educadores lo hacen posible a lo largo de años de su desarrollo. Ellos poseen la hermosa tarea de

acompañarlo, animándolo, apoyándolo y estimulándolo a que él “sueñe”, a que emprenda y gestione proyectos, de modo que vaya conociéndose a sí mismo y sopesando sus capacidades.

Recibir responsabilidades y gestionar desafíos en forma autónoma le irá “convenciendo” vitalmente que él sí puede y que es capaz de desempeñar un rol propio, que él vale y se aprecia lo que realiza y, que si bien no posee determinadas capacidades, sí cuenta con otras.

Los educadores en este proceso aplican el “principio de subsidiaridad”, es decir, intervienen sólo cuando es estrictamente necesario. Dejan que los hijos y alumnos se prueben a sí mismos, por cierto no sobre exigiéndolos. Y también dejando que se equivoquen y fracasen. Ellos están ahí, no para echarles en cara o recriminarlos cuando no hacen bien las cosas, sino para animarlos a que sigan adelante o para que emprendan algo diverso, quizás más posible y afín a sus capacidades. El principio que el P. Kentenich propone a los educadores es, como se explicó al tratar la pedagogía de libertad, que los educandos “alcancen la propia autonomía a través de la propia actividad”.

En este contexto, podemos apreciar la distancia que existe entre el sistema pedagógico kentenijiano y el de una pedagogía del control, de la vigilancia o de la sobreprotección. La pedagogía del control no da espacio a la libertad; todo está establecido, ahogando la originalidad e impidiendo el libre juego de las fuerzas y la creatividad.

Este tipo de “pedagogías” tiene como consecuencia justamente infundir en los educandos el sentimiento de que ellos no valen por sí mismos, que no son confiables y que por eso hay que vigilarlos y controlarlos y, si es el caso, castigarlos. O bien, dado que los educadores dudan de su capacidad, que deben “protegerlos”, “ayudándoles”, evitando que se expongan al fracaso, a no hacer bien las cosas, a caerse y cometer errores. Con tal modo de educar, terminan formando hijos y alumnos inseguros, incapaces de emprender por sí mismos, temerosos del futuro.

Todo esto se agrava cuando los educadores “refuerzan” el proceso, reprendiendo a los hijos o educandos, usando frases, como por ejemplo: “tú eres un inútil...”, “déjame a mí hacer esto, tú no sabes hacerlo...”, “tú eres un torpe...”, “tú no sirves para nada...”, etc. Y esto, a menudo, reforzado por epítetos descalificadores y hasta groseros: “Tú, tal por cual, no haces nada bien...”, “tú, tal por cual, eres un flojo rematado...” Más todavía, cuando se le compara con hijos o alumnos más dotados o más brillantes, sea por el éxito en los estudios o por todo aquello que es medida de la jerarquía actual de valores. El educando cree que él “es” aquello que le echan en cara: un inútil, un cero a la izquierda, un incapaz.

También se suele dar una “pedagogía del abandono”, cuando los progenitores o educadores dejan solos a sus hijos y alumnos, por temor a coartarlos, sin enseñarles a ser verdaderamente libres. No se atreven a corregirlos y a poner reglas básicas, dejándolos a su propio arbitrio. Esto se agrava cuando los padres, a causa de su ocupación laboral, dejan físicamente solos a los hijos o a cargo de personas inadecuadas. Se engendra en ellos entonces un sentimiento de derelicción o abandono que refuerza su inseguridad existencial. Si no se les corrige adecuadamente y se les “raya la cancha”, ello se traduce en el

sentimiento que los padres o educadores no creen que ellos pueden dar más de lo que están haciendo. En definitiva, que son mediocres.

3. La creación de un ambiente de confianza entre el educador y los suyos

Profundizamos ahora lo expuesto, recurriendo a textos del P. Kentenich donde él explica *la pedagogía de confianza*. En su jornada pedagógica para profesoras de 1931¹, explica la mutua relación de confianza que debe existir entre el educador y los suyos.

Se trata, en primer lugar, del acogimiento que tiene que experimentar el educando en el educador. Ese acogimiento es capaz de abrir su alma y permitir que el educador pueda ayudarlo. Es un acogimiento lleno de amor y respeto, que logra que el educando se sienta y se sepa valorado, que experimente que alguien cree y confía en él. Ello le infunde seguridad y le anima a abrir su alma al educador y a asumir su autoformación con la ayuda paterno-materna que este le brinda.

En este sentido, el P. Kentenich se refiere al *arte de abrir el alma, de escuchar y del intuir lo que está vivo en el educando*.

Nos detenemos primero en este punto, para luego abordar otro factor esencial en la creación de una atmósfera de confianza: *el cultivo del respeto*.

Cuando aborda este tema, afirma el P. Kentenich que se trata de un arte difícil pero ciertamente necesario. Destaca que en este proceso la persona del educador juega un papel decisivo.

Un educador que genere confianza

Para lograr abrir el alma del otro, en primer lugar, y esto es lo más importante, (el arte de abrir el alma del tú se logra) *a través de mi propia persona*.

Hay cosas que resuelvo sólo con mi presencia. No necesito pronunciar ninguna palabra. Sólo muestro, a través de todo mi ser y de mi actuar, que comprendo lo que está sucediendo en el alma del otro. Por eso, repetimos siempre la misma canción: debemos conquistar una personalidad de educador vigorosa y madura. Esto es muy importante: no se deja reemplazar por nada.

En segundo lugar, puedo interpretar lo que está sucediendo en el interior del adolescente, a través de la palabra. Puede ser una palabra dicha públicamente o en la conversación privada.

Supongamos, por ejemplo, que soy asesor de una asociación femenina o que estoy en un grupo o doy una conferencia. No debemos hablar, entonces y siempre, “desde lo alto de la torre hacia abajo”. Debemos hablar de tal modo que la joven se sienta tocada. Es decir, que sienta en su interior que también otros pasan por las mismas dificultades. Dije que la niña piensa: “esto me sucede sólo a mí; esto no lo debe saber nadie”. Si se siente, en cambio, tocada, se produce en ella una reacción parecida a ésta: “gracias a Dios que hay otras personas que sufren las

¹ Se trata de una Jornada para profesoras en la que aborda especialmente la educación de las adolescentes.

mismas cosas". Y la angustia se acaba. Además, se dice a sí misma: "aquí hay alguien que entiende algo de estas cosas; puedo decirle, entonces, algo de lo que me pasa". Por eso, no hablar tan píamente o en forma académica. A menudo, es esta o aquella expresión la que, de pronto, abre el alma. Ciertamente, con ello se da sólo la posibilidad de lograr la apertura del alma. Si de hecho ésta se abre, es otra pregunta.

Puedo explicar por la palabra dicha públicamente. También puedo hacerlo en la conversación privada.

En este sentido, no podemos decir que se pueda generalizar. Depende tanto del educador como de la persona que está frente a él (...) Sólo quiero prevenirlos de algo: cuando un alma se abre, no queramos de pronto "tironear" para sacar a luz todo lo que hay en ella. (...) Si quieren sacar de una vez todo lo que hay en esa alma, más tarde esto lo sentirá la joven como una expropiación de sus secretos. (...) Se produce entonces un temor en la joven; no volverá, pues teme ser desnudada espiritualmente. (...)

Debemos recibir con gran respeto lo que se nos confía. Y nunca debemos hacer mal uso de ello. Si lo hacemos, el destino de esa niña estará herido quizás para toda su vida. Entonces, la persona se endurece.

Profundizando el arte de escuchar, el P. Kentenich distingue el arte de prestar atención y el arte de saber leer entre líneas (...)

El arte de escuchar

Hoy en día este arte se da extraordinariamente pocas veces. ¿Saben ustedes qué es necesario para poner en práctica el arte de atender y adivinar? Se debe poseer claridad de ideas y un corazón extraordinariamente abnegado y cálido. Esto es algo que simplemente pertenece al proceso de educación. Desde el momento en que estoy enfermo de egoísmo, pierdo la capacidad de educar.

No debo estar pendiente de mí mismo, si acaso soy feliz o no, o de cosas por el estilo. Lo que me importa son las personas que el Padre Dios me ha regalado. Puedo caer agotado, con tal que los otros sean felices. Ésta es propiamente la actitud fundamental de la maternidad y de la paternidad, del amor; esa actitud respetuosa frente al ideal de quien tengo ante mí (...)

Hay pocas personas que entienden el arte de escuchar con atención. Existen muchos artistas del hablar, pero no del saber escuchar y del comprender. Son muchos los que inmediatamente comienzan a hablar de sí mismos, de sus problemas y vivencias. Por eso los otros no se acercan a ellos.

Luego, explica el P. Kentenich, que este arte de prestar atención al otro, debe ser un poner atención estimulante y liberador.

Un escuchar enaltecedor

Un poner atención que estimula. También esto depende mucho de las personas. Algunos deben hablar y hablar, de modo que el que está frente a él se sienta comprendido. Existen, en cambio, otras personas que no precisan decir ninguna palabra: todo su ser, la manera en que se dan, su sola mirada, estimulan. En todo caso, que despierte vida y, naturalmente, no un escuchar aburrido y rutinario, cansado, de modo que el otro sienta: éste simplemente no tiene interés en mí.

Debo agregar todavía: no tenemos que hacer esto nunca artificialmente. (...) Realmente debemos escuchar por interés. Yo acostumbro a decir: interesarse interesado; pero no como pose.

Si poseo la recta actitud ante las personas que me han sido confiadas, entonces tengo interés por todo lo que les sucede. Todo lo suyo me importa: trátase de un dolor de cabeza, algo que les cause pena, o que el alma esté enferma. Tengo que interesarme por cada nimiedad. Por cierto, se da gradaciones y matices. De allí que, por lo tanto, durante el tiempo de la conversación, comúnmente no debo hacer otras cosas durante la conversación, por ejemplo, escribir o leer una carta; esto supone que ya existe una relación profunda; de otro modo, el que está frente a mí lo tomará como falta de interés. Por eso, acabemos con ese tipo de cosas. No debemos hacerlas. Lo que en general importa es que mi prestar atención sea estimulante, que despierte energías, sea que esté interrumpido por palabras o que yo permanezca allí sentado sin decir nada: eso da lo mismo. Pero debe ser un poner atención que estimule y esto también puede darse incluso si no pronuncio una sola palabra.

Un escuchar que libera

En segundo lugar, agrega el P. Kentenich, ese escuchar debe tener un efecto liberador para los educandos: los anima y estimula, pero también los libera.

Debe ser también un *prestar atención que libera*. ¿Qué entendemos por un escuchar que libere? Quizás podríamos explicarlo con otras palabras: *un escuchar bondadoso*, en el cual debe consonar algo de bondad. Muchas veces no se trata de dar directrices. El otro ya sabe lo que se debería hacer.

Y esto es justamente lo peculiar, casi diría lo maravilloso y extraordinario, la posibilidad de que se dé una influencia mutua: que una persona puede entender a otra y que un ser humano sienta que aquél que está ante mí asume en su corazón mi dificultad.

En la mayoría de las veces sucede así: uno asume en sí mismo la dificultad por la cual atraviesa el otro, incluso cuando éste arrastra tremendas enfermedades del alma. El que presta atención debe asumir ese dolor. Si sólo escuchamos de manera mecánica, las cosas no resultan. Alcanzamos justamente lo contrario.

¿Perciben ustedes lo extraordinariamente hermoso que es poder ayudar a Dios a educar a una persona? Piensen cómo nos alegramos de contemplar una flor hermosa, de ver el hermoso rostro de alguien.

¿Pueden imaginarse lo hermoso que es que un ser humano vea a otra alma crecer en silencio? ¡No puedo imaginar mayor belleza! Por eso, el verdadero educador no conoce el aburrimiento. El no es alguien que siempre esté actuando por propósitos, saber escuchar fluye de su alma. (...)

Es algo muy misterioso el que una persona pueda comprender a otra, que pueda vincularse noblemente a otra, que le pueda transmitir a otros la corriente de vida que fluye de su alma. Es algo misterioso que alguien, de manera inconsciente, pueda tocar el corazón de otra persona. ¡Cómo será esto en la eternidad! Allí todos nos encenderemos mutuamente los unos a los otros. Allí todos brillaremos encendidos no sólo en Dios sino también los unos en los otros. Aquí en la tierra también existimos para darnos y regalarnos mutuamente el uno al otro.

Quizás deba agregar todavía que, si somos enteramente sinceros, como educadores diremos, con inmensa gratitud, que debemos agradecer muchísimo más a aquellas personas que educamos, que a nosotros las personas que educamos.

Inmediatamente después de la primera charla, se acercó a mí una Hermana y me dijo: “Ahora sé de dónde saca usted su sabiduría: sólo de nosotros”. Y el segundo día, agregó: “Ahora sí que tiene que estar agradecido de nosotras”. Y esto es verdad: deben percibirlo también ustedes como algo auténtico; de otro modo, no se genera la recta relación. No puede ser que las cosas se vean así: “Yo estoy allá arriba y tú, allá abajo”. Al contrario, se debe poseer la conciencia: damos y regalamos y recibimos el uno del otro.

Ahora bien, no vayan a pensar, y contra esto debo prevenir siempre, que tal actitud implique que el educador no pueda ni deba causar dolor. Debo prevenirlos contra ello, porque sé que es muy difícil captar la totalidad del organismo del proceso educativo. Una persona noble exige que se le pueda causar dolor en una determinada ocasión. Si ustedes no lo hacen, se equivocan. Si yo debo causar dolor, en ello debe consonar siempre lo siguiente: estoy aquí porque el Padre Dios me ha colocado en este lugar. Y debo hacerlo aunque ello me cause dolor a mí mismo. Les garantizo que, si realizan esto en el momento preciso y del modo correcto, la relación mutua llegará a ser tan hermosa como la más hermosa de las relaciones que pueda darse aquí en la tierra. (...)

Quizás alguien podría decir: “Con gusto me desahogaría, pero el otro no tiene tiempo”. Es otra cosa esto de tener tiempo. Hay que educarse. No crean que ese impulso desenfrenado de desahogarse sea educador. También aquí existe el arte, en el educando, de saber permanecer abierto con sencillez y, por otra parte, de poder también soportar algo solo. De otro modo, todo se tornará en un juego de niños.

Otra faceta importante de la comunicación e intercambio entre el educador y el educando, es la habilidad que debe poseer el primero para saber “leer entre líneas”, es decir, para adivinar o intuir lo que pasa en el corazón de los suyos.

Un escuchar que intuye o lee entrelíneas

Cuando hablamos del arte de escuchar, nos referimos también al *arte de leer entre líneas*. Si sólo estoy allí y escucho en general y luego digo: “Sí, esto es así o esto es así y punto...”, eso no sirve. También debo saber adivinar lo que quiere decirme la otra persona. Y esto es muy importante en relación a las jóvenes. Por favor, no pasen esto por alto: una auténtica mujer nunca puede expresar y formular lo que ella está viviendo en su interior. Por eso, al comienzo, ella siente este gran problema: dije algo, pero no logré expresar bien lo que quería decir. Y cuando hablo tengo la sensación: “esto no es lo adecuado”. Un varón puede hacerlo, ya que no posee una vida afectiva tan delicada, profunda y rica como la mujer. El alma femenina, que es profundamente sensible y delicada, no puede expresar lo que sucede.² (...) ¿Qué es lo único que puede ayudar en esta situación? No el expresarlo, sino la creciente conciencia que se va formando en ella: mi interlocutor intuye qué quiero decir... Este es el secreto del encuentro profundo de un alma con otra (...) Cuando estoy sentado frente a esa persona, todas esas inhibiciones se despejan y resuelven.

Ciertamente, uno no recibe tal regalo para siempre. Y esto es algo positivo. Debe darse tiempos en los cuales el alma femenina no se sienta comprendida, aunque de hecho lo sea. De otro modo, a la larga, se priva de su profundidad (...) Estas cosas no tienen que cogerlas con manos rudas. Se trata de un mundo peculiar y muy importante. De lo contrario, seremos educadores torpes.

Por lo tanto, primero, adivinar lo que consueña en el alma del tú de modo que éste pueda sentir: “Yo me expreso y la persona ante quien he abierto mi corazón sabe escuchar aquello que yo quisiera decir, pero que no llego a formular”.

¿En qué consiste el arte de leer entre líneas? Lo que ahora les voy a decir es más palpable, se deja medir con mayor facilidad. De todo lo que la otra persona hace o dice, debo saber *adivinar lo bueno, lo positivo* que hay tras ello. Esto es muy importante: siempre debemos saber descubrir la “pepita de oro” que se encuentra en el tú.

² El P. Kentenich se refiere en este texto al alma femenina de tal forma que hoy resulta difícil comprender. Dice, por ejemplo: “Un varón puede hacerlo, ya que no posee una vida afectiva tan delicada, profunda y rica como la mujer. El alma femenina, que es profundamente sensible y delicada, no puede expresar lo que sucede.” Se podría objetar diciendo: “Hoy no es así: la mujer se ha liberado de esa imagen, es abierta, extrovertida, fuerte y no tiene miedo a mostrar ni su cuerpo ni su intimidad”.

En este sentido se puede constatar hoy una reacción pendular ante una acentuación unilateral del pasado, donde las características que menciona el P. Kentenich se extrapolaban. En todo caso la pregunta que debemos hacernos es cuál es la auténtica identidad femenina –e igualmente la verdadera virilidad– según lo que Dios pensó al crear al ser humano como varón y mujer. Por cierto lo que muestra el P. Kentenich hoy no es lo que abunda en el mundo femenino. Tampoco es común descubrir en este mundo el tipo de relación interpersonal tal como la que él describe en este texto. Si tener clara la identidad masculina y femenina, la meta pedagógica que se persigue será muy diversa. Para él la renovación de la sociedad, tiene como objetivo afianzar el eje central en que se sustenta la sociedad y ello nos obliga a desarrollar una pedagogía que eduque un nuevo tipo de mujer y de varón. De otra forma, edificaremos sobre arena.

Supongamos, por ejemplo, que alguien me confiesa lo soberbio e irrespetuoso que es y cómo posee una voluntad que le lleva a sacar las cosas adelante sin dejarse decir nada por otras personas. Si yo poseo el arte de leer más allá de lo que se hace y se dice, sabré descubrir el núcleo bueno que se esconde tras ese impulso. En este caso, la poderosa voluntad de crecimiento de la personalidad. Puedo hacer saber esto a la otra persona, pero hacerlo siempre, sería errado. Justamente la *pedagogía de confianza*, de la cual yo personalmente soy un fanático partidario, *exige que a veces yo deba causar un dolor contundente*. Esto es algo esencial si es que quiero educar de verdad: donde esto no sucede, todo pasa a ser sólo un juego.

Si educo, siempre debo saber descubrir lo bueno. Pero habrá momentos en los cuales yo simplemente pade y golpee. Debe darse momentos en los cuales todo estalla y se remece. Esto, dicho así, suena tremendamente duro, pero son cosas que se complementan la una con la otra. Por una parte, esa gigantesca confianza que deja libertad; y, por otra, de pronto, tormenta, rayos, truenos y término de la función... Pero todo este “estallido” debe ser algo que tenga fundamento y no algo permanente.

Si no se actúa así, nunca se podrá formar una familia ni tampoco podrá florecer un grupo. En todo caso, todo esto supone que existe una relación noble del uno con el otro, que ambas partes son leales la una con la otra y que se tienen respeto. La relación no llegará a ser nunca tan hermosa como en el momento en el cual la tormenta felizmente ya pasó.

En verdad, una persona noble sufrirá largo tiempo con ello; especialmente el alma de una mujer va a sangrar durante un largo tiempo. Pero tiene que ser así; tenemos una naturaleza que arrastra el pecado original y debe ser educada. De otro modo, no nos enaltecemos el uno al otro (...)

Saber, por lo tanto, descubrir lo bueno en el otro, pero no siempre decírselo, pues así tendríamos una educación carente de vigor. Supongamos, por ejemplo, que un adolescente se ha comportado mal. Percibimos, entonces, el impulso del alma juvenil que quiere mostrar su fuerza. Sin embargo, aquí viene un largo “pero”... Pero yo me esforzaría por podar lo que es extremo (...) No queremos ser “domadores” de hombres. Podríamos decir alguna vez pero, en general, no lo queremos: “¡Ahora quiero ver quién es el que manda aquí!”

Si dicen algo semejante demasiado frecuente, nunca serán dueños de la situación. Pueden empezar a hacer las maletas, porque actúan contra el orden de ser. Surgirá por todos lados la contradicción. Y donde se ha despertado una fuerte pasión emocional, las cosas se ponen difíciles.

Por eso, no decir con demasiada facilidad: “¡Te voy a mostrar quién es el que manda aquí...!” Que alguna vez se haga, está bien, pero, en general, tenemos más bien que acentuar lo otro, a saber: el arte de poner atención y el arte de intuir. De todas estas tendencias que muestra el adolescente, debo saber escuchar y destacar lo bueno, pero también señalar lo menos bueno.

O tomen, por ejemplo, otra situación semejante. La inmensa susceptibilidad que se da justamente en los años de la adolescencia. Una joven sana siempre es susceptible. El motivo psicológico de ello es que se siente insegura frente a sí misma. En su persona, surgen diversos yo. Está insegura. (...) En esto debemos saber encontrar el justo medio. Por una parte, el educador debe poseer interiormente una gran confianza, pero no siempre decirla ni mostrarla hacia fuera. No sería prudente. Sin embargo, en nuestro interior debemos tener comprensión, pues sabemos que lo que sucede es sano y normal; es una nueva señal de que el núcleo de la personalidad está madurando. (...) Es una protección para el núcleo de la personalidad, que está en desarrollo. Pero, ¿en qué estriba ese “pero” con la “e” larga? En la advertencia de que se trata de un extremo. Es una susceptibilidad equivocada. “Los demás no tienen nada en contra de usted”. Debe tratarse siempre de una concesión y, después, de una restricción.

También aquí puedo decir lo siguiente: no lo hagan por tendencia o porque, simplemente, así lo han aprendido. De ese modo no se obtiene ningún resultado. Tiene que brotar simplemente de la personalidad. Permítanme que les reitere una vez más: a veces, en una comunidad grande tienen ustedes que intervenir también seriamente. Si no intervienen, no se da familia alguna. Al final, pensamos que podemos hacer sanas y santas a las personas a través de la comprensión. Eso solo no lo logra.

También debemos inmunizarlas contra la vida. La misma vida lo exige. En la vida, el cabello debe batirse al viento. También para ello hay que educar. De otro modo, no educamos para la vida y, después, no se puede hacer nada. Una vez más: el arte de comprender a partir de lo que se escucha.

Los textos que hemos citado trasuntan una extraordinaria sabiduría pedagógica. Son textos de 1931, mucho antes de lo que ha sido una pedagogía personalizada, que hoy ya es cada vez más un bien común (aunque no siempre ni en todas partes); son textos que hoy guardan toda su actualidad.

III. La pedagogía de confianza y la actitud de un profundo respeto

1. Respeto y amor son dos actitudes inseparables en la educación

La pedagogía de confianza es posible cuando se da entre el educador y los suyos, como se vio en el punto anterior, una relación mutua de confianza. Ahora bien, esta confianza supone que el educador posee una actitud de sumo respeto ante el educando. Ese respeto despierta, a su vez en respuesta, el respeto que él recibe de parte de los suyos. Si no promediase el respeto nunca se daría una relación de mutua confianza ni se podría aplicar fecundamente una pedagogía de confianza.

El respeto conjuga una actitud de aprecio y admiración por el otro como también una gran delicadeza en su trato con él, de forma que le deje ser quién

es y que, si tiene algo que corregir, se lo haga saber en forma adecuada, sin herirlo.

Tras toda forma de “amor pedagógico” debe estar el respeto; éste es el alma del proceso educativo. La carencia de respecto obstaculiza, paraliza y termina arruinando toda la posibilidad de educar.

En la misma jornada de 1931 antes citada, el P. Kentenich profundiza esta actitud básica del actuar pedagógico. Citamos aquí también un largo pasaje de esta jornada.

Donde existe respeto y amor en el educador, se genera también en el educando, como respuesta, respeto y amor. Donde se dan ambas actitudes fundamentales, se puede realizar cosas que antes parecían imposibles. Cuando el respeto y el amor del educador son respondidos por el respeto y el amor del educando, se crea entre ambos una relación extraordinariamente delicada. Tal vez debiese agregar: todo tipo de educación, tanto la del niño pequeño como también la del adulto, siempre supone esta doble actitud: respeto y amor. Es posible que a veces uno de estos aspectos se acentúe más que el otro; que alguna vez el respeto y otra vez el amor pase al primer plano; sin embargo, siempre deben darse ambos. También ante el niño pequeño, ante el bebé en la cuna: no sólo amor, también respeto; y no cualquier tipo de respeto: el niño merece el más grande de los respetos.(...)

Los psicólogos han hecho esta observación: muchas personas arrastran inhibiciones a lo largo de su vida, porque no fueron valoradas suficientemente cuando niños pequeños. No son conscientes de una desvalorización de sí mismas: instintivamente se sienten poca cosa porque no tuvieron la oportunidad de dar y recibir lo que todo niño en esa edad debe dar y recibir: caricias maternas y filiales. Los padres deben regalar al niño esas caricias que son a la vez muestras de amor y expresiones de respeto.

Con esto no pretendemos insinuar que los padres deban constantemente mimar a sus hijos, o, como se dice comúnmente, “comérselos a besos”. Eso sería señal de un amor que no está animado por el respeto. Siempre se debe dar el respeto y el amor: también en la edad que ahora nos ocupa, la adolescencia. Debemos tratar al adolescente con respeto y con amor. Y si nos resulta obtener como respuesta ambos afectos, entonces quiere decir que la educación está asegurada, que podremos lograr en todas las situaciones algo grande y profundo en nuestros niños. (...)

En los libros de pedagogía normalmente encontramos abundante material sobre el amor pedagógico. Por eso, en las reflexiones que haremos ahora, lo dejaremos de lado. Por el momento nos concentraremos más en el respeto, pues me parece que el respeto es más necesario que el amor.

Por cierto que si consideramos ambos afectos como un todo orgánico, sabemos bien que no se da el amor sin el respeto y que no hay respeto sin amor. Si los separamos metódicamente y los vemos en el contexto de la mentalidad actual, debemos decir que hoy, en la educación, lo más

esencial, especialmente tratándose de la educación de la juventud, es el respeto. Ese respeto de parte del educador que obtiene como respuesta el respeto del educando.

2. Cómo se educa el educador para el respeto

Después de hacer esta aclaración, el P. Kentenich plantea dos preguntas: ¿Cómo me educo yo mismo para el respeto ante el adolescente? Y, en segundo lugar, ¿cómo educo al adolescente, en sus años difíciles, para el respeto frente a sí mismo? Afirma el P. Kentenich:

Espero que ustedes queden contentos con la respuesta que daré. No piensen que dictaré “recetas” para enseñarles cómo hay que educar a alguien conscientemente al respeto. Con ello no lograríamos el objetivo. Si lo hacemos actuando por propósito, ninguna joven de buenos sentimientos llegará jamás a tener respeto frente a nosotros.³

La pedagogía de confianza supone que el educando tiene frente a sí un educador que merece su confianza, por su ejemplo, su coherencia de vida, su entrega y, sobre todo, por su respeto para con él.

El P. Kentenich desarrolla este proceso partiendo por lo más importante: **cómo educar en su propia persona la actitud de respeto.**

Inmediatamente debemos ampliar el horizonte. Lo que ahora voy a dar como respuesta se aplica también respecto a las personas adultas con las cuales trato. Se aplica también y se debe aplicar ante el niño pequeño. Daré una triple respuesta, pero se trata de un complejo de respuestas que tiene como objeto crear una actitud interior.

Tomar conciencia del sentido de la educación

En primer lugar, *siempre debo tomar interiormente conciencia del verdadero sentido de la educación.*

¿Qué significa educar? Significa servir desinteresadamente la vida ajena. Este es el arte de las artes: educar, formar y conformar al hombre y al alma humana.

¿Cuál es el sentido profundo de la educación? No podemos decir con Goethe en su *Prometeo*: “Aquí estoy y hago hombres según mi imagen”. De ningún modo. Yo no soy la meta de la educación. El ideal de la educación es éste: aquí estoy y formo hombres según *tu* imagen (según la imagen de Cristo).

Cada vida humana encarna una idea de Dios. Dios quiere realizar un pensamiento suyo en cada individuo. Y mi tarea, como educador, consiste en ayudar a descubrir ese pensamiento de Dios y entregar mis fuerzas para que ese pensamiento de Dios se encarne y se realice en el tú.

³ La Jornada estaba dirigida primariamente a educadores de adolescentes.

¿Comprenden lo que quiero decir? Mientras más me compenetre interiormente del verdadero sentido de la educación, tanto más profundo será mi respeto.

Cultivar un trato respetuoso

En segundo lugar, con el tiempo, la actitud interior de respeto debe expresarse en actos concretos: en un trato respetuoso.

Debo tener respeto:

- ante cada persona
- ante cada destino humano
- ante cada originalidad y facultad de la persona

Lo primero es, entonces, un *respeto práctico y táctico ante cada persona*. ¡Aunque ésta fuera un estropajo humano! ¡Aunque fuera una persona espiritual y corporalmente enferma como ninguna otra! ¡Respeto ante toda persona humana!

Segundo, *respeto ante cada destino humano*. ¡Aunque tenga ante mí un destino humano que pasa por una oscura noche o que esté cargado por una pesada culpa! ¡Respeto ante cada destino humano! Yo no sé cuál fue la cuna de esta persona; no sé las taras hereditarias que arrastra esta pobre criatura.

Si somos sinceros y un poco objetivos e interiormente veraces, entonces nos diremos: ¿Qué hubiese sido de mí si yo hubiese estado en esa situación, si hubiese tenido esa historia? Por eso: respeto ante todo destino humano.

Y, en tercer lugar, también *respeto ante cada facultad de la persona*. La verdadera maternidad (paternidad) no se pone al centro. No busca crecer ella misma. Cuando hay una verdadera maternidad todo impulsa interiormente en ella a ayudar a que se desarrollen las facultades que Dios ha puesto en el tú, aunque más tarde éste nos sobrepase.

Verdaderamente no existe satisfacción más grande en la educación que cuando podemos constatar: aquellas personas que eduqué están ahora por encima de mí. Yo he llegado a ser innecesario.

Valorar la originalidad de cada persona

No tomen estos ideales simplemente como frases bonitas. Deben captarlos más bien en todo su profundo significado y saber orientarse por ello. De allí también que debemos ser muy cuidadosos cuando tenemos que decidir sobre el destino de una persona. Cuando, por ejemplo, estamos en una comunidad religiosa, no debemos decir: “Aquí hay un hueco, alguien debe tapanlo”; “aquí nuevamente hay otro hueco, que venga otra persona y lo cubra”. ¡Con cuánta frecuencia se hacen estas cosas, y luego se habla de un trato personal! ¡Cuánta desdicha y cuánta desgracia se genera de este modo! No deben decir: “La santa obediencia lo exige así”. Por cierto, la santa obediencia exige que nosotros nos dispongamos interiormente a una tal obediencia; pero también exige que el superior sea un hombre razonable, que no abuse de su poder. Si otras personas nos han entregado su voluntad, entonces

tenemos el santo deber de valorar toda facultad que existe en ellas. Por eso, ¡respeto ante cada facultad!

Naturalmente también debemos aplicar estos pensamientos a la relación de unos con otros. ¡Cuán a menudo tenemos que constatar que en círculos católicos no se valora suficientemente la originalidad de cada persona! (...)

Se requiere un cuidado lleno de amor, lo cual supone, en todo caso, un gran desprendimiento de nuestro propio yo. No debemos girar en torno a nosotros mismos, sino en torno a Dios y al bien de aquellos que el Padre Dios nos ha confiado, regalado o puesto en nuestro camino.

Precaverse del molde

Tenemos que precavernos del enemigo mortal del verdadero respeto. ¿Saben cuál es? Es el *cliché*. Por favor, no introduzcamos ningún molde en la educación.

Santo Tomas, en la Edad Media, formuló la siguiente sentencia: los prelados no deben hacer demasiadas leyes. ¡No queramos normar todas las cosas! *¡No apliquemos el cliché!* Porque donde éste rige, matamos la originalidad. El cliché significa la muerte de la individualidad y del verdadero respeto.

¿Pienso con esto acaso que no debemos escribir en nuestro escudo una vigorosa fidelidad a la ley? Es evidente que donde hay una comunidad, donde simplemente coexisten hombres, allí deben existir leyes. Pero tienen que ser sólo pocas leyes, las cuales, sin embargo, deben ponerse en práctica con estrictez draconiana. Esto lo espera todo hombre noble Pero el cliché es algo enteramente distinto.

El cliché significa someter a una constante tensión, tensión que se ve reforzada con nuevas leyes, tal como sucedía en el tiempo de Cristo con las normas de la tradición. Se explicaba el carácter de una ley, y esta aclaración adquiriría nuevamente el carácter de la ley. Y esta aclaración nuevamente se explicaba, lo cual recibía otra vez carácter de ley. Así se continuaba hasta que se creaba un inmenso dique de leyes y de leyecitas, de tal modo que apenas se podía respirar.

3. Cómo se educa al educando para el respeto

Después de estas aclaraciones, el P. Kentenich pasa a tratar el segundo punto: *Cómo educar la actitud de respeto del educando.*

El educador debe encarnar el ideal del educando

Volvamos ahora a la segunda pregunta. Exteriormente, pareciera quizás ser la más importante: ¿Cómo educamos a las personas que nos han sido confiadas al respeto frente a nosotros? ¿Cómo logro educar justamente a los que pasan por la adolescencia?

También aquí daremos tres respuestas.

Logramos esto, en primer lugar, *en la medida en que yo mismo encarno el ideal de la persona que debo educar.*

Se trata aquí de una actitud fundamental y no de una pequeña y astuta "receta". Si encarno en lo esencial el ideal del joven, entonces podré constatar qué respeto se apodera de él.

Por lo demás no tienen que tomar a mal si alguna vez un joven hace algo que no corresponde frente a ustedes. Es propio de su vitalidad. Por ello no seamos demasiado susceptibles. Lo mismo vale, por lo demás, cuando tenemos que tratar con hombres maduros. En la medida en que yo me esfuerzo sinceramente por encarnar el ideal del otro, en esa medida educo para el respeto ante mí. Si no lo hago, entonces, no puedo imaginarme cómo se podría llegar a establecer ese delicado vínculo que une y ata cada vez con mayor profundidad al educador y al educando.

Mantener la fe en lo bueno que hay en los educandos

En segundo lugar, y esto es algo enteramente esencial: a toda costa, *debemos mantener la fe en lo bueno que hay en el joven*. O, aplicándolo en general, mantener la fe en lo bueno que hay en cada persona (...)

- a pesar de los múltiples desengaños que hayamos sufrido
- a pesar de sus muchos errores
- a pesar de las continuas luchas de las cuales somos testigos en nuestros niños

No debe existir nada que me quite la fe en lo bueno que hay en el hombre. ¿En qué se basa esto? La dogmática nos enseña que la naturaleza humana, a pesar de que se ha debilitado a causa del pecado original, no se ha corrompido. Existen aún muchas cosas buenas en el hombre. Por eso, si confiamos en la bondad del hombre, lo hacemos sinceramente, con objetividad. Agreguemos a esto que la mayoría de las veces tratamos con jóvenes y con niños que han recibido la vida divina por el bautismo. Éste es un nuevo motivo para nunca perder la fe en lo bueno que hay en el hombre. (...)

Y si digo que queremos guardar la fe en lo bueno de la persona, lo afirmo a pesar de todos los desengaños que ésta nos haya ocasionado. Quizás ustedes mismos lo saben por propia experiencia: si alguien nos ha dicho o nos ha manifestado que ya no cree en nosotros, nos inhibimos interiormente. Por eso, busquemos siempre mantener firme la fe en lo bueno del otro.

En segundo lugar, dijimos, guardar la fe en lo bueno del hombre, aun cuando haya que constatar en él un cúmulo de extravíos.

Desde el punto de vista sociológico, debemos decir que tales desviaciones no siempre son tan peligrosas. ¿Cómo las entendemos? Según la sicología evolutiva. Si consideran esas desviaciones en la perspectiva psicológica, vemos que lo que aparece en los comportamientos errados es la voluntad de valer y de realizar cosas por sí mismo. Entonces se siente de pronto que éste se ve ante obstáculos que impiden su desarrollo. ¿Cuáles son estos obstáculos? Son los padres, el papá y la mamá. ¿Y cuál es el efecto? La reacción de rebeldía. ¿Qué se puede hacer, entonces?

Aquí viene una ley muy importante: hay que dejar que se cometan tonterías. No hay que malgastar la última autoridad. Debo, por cierto, precaver al joven de desaciertos; pero debo saber permitir tonterías y extravíos. Únicamente no debo permitirlos cuando sé que si suceden, las cosas se precipitan vertiginosamente por una pendiente inclinada. ¿No nos aconteció también a nosotros que, cuando nuestros padres nos dijeron esto o lo otro, no lo creímos hasta que lo pudimos experimentar personalmente?

En todo caso, pienso que tales desviaciones no hay que tomarlas interiormente de manera tan trágica. Exteriormente, para mantener la disciplina, tenemos que intervenir; pero, interiormente, no debemos ponernos tan furibundos. Esto es lo esencial: si tengo que causar dolor, entonces, lo hago porque ése es mi deber y no a partir de una rabia desordenada. Sólo entonces haré bien las cosas.

Todavía algo más. ¿Por qué no tenemos que tomar tan trágicamente las cosas que se dan en la adolescencia? Tal vez ustedes lo han observado alguna vez en la vida. Desde el punto de vista psicológico y pedagógico, hablamos de la reacción de contraste frente a la vida vivida. A menudo vemos cómo los hijos no quieren seguir la misma profesión que los padres. ¿Por qué motivo? Los padres vivieron su vida, y la generación siguiente quisiera, por contraste, vivir la vida que los padres no vivieron. Este es el impulso de contraste ante la vida vivida. A partir de este proceso vital, puede explicarse muchas reacciones y, sobre todo, no se debe tomar tan trágicamente las cosas cuando la generación joven muestra un sentimiento de rechazo frente a la antigua generación. Siempre y en todos los tiempos esto ha sido así, también en el convento.

La maestría en este proceso consiste en continuar orientando a la juventud. De otro modo, obtendremos justamente lo contrario. Es verdad que hemos tenido un tiempo en el cual la juventud ha sido revolucionaria; pero esto no es trágico.

San Bernardo aconsejaba que, en el Capítulo, los abades debían escuchar especialmente a los monjes jóvenes, porque ellos a veces también tenían el Espíritu Santo. ¿Por qué digo esto? Para que reencontremos una sana tensión. Por eso, no pensar que tenemos empaquetadas la sabiduría para nosotros. En el trato mutuo debemos también saber escuchar a los otros.

Les digo estas cosas para convencerlos que tenemos que creer en lo bueno de las personas, a pesar de sus extravíos. No quiero decir con ello que debemos hacer caer a propósito a nuestros hijos espirituales. Eso, de ningún modo, pero tampoco tenemos que tomar las cosas tan trágicamente cuando suceden extravíos.

Por último, hemos de creer en lo bueno de las personas cuando las luchas se hacen más intensas y permanentes en ella. Y agregó: ¡no evitemos nunca las luchas a nuestros niños! Si actuamos así, los educamos para una minoría de edad. Y les garantizo que si les evitan las luchas a aquellos que les han sido confiados, ya sea porque les resuelven demasiado pronto las dificultades, o porque les evitan la lucha al poner en la balanza, sin quererlo, el predominio de su personalidad,

entonces la consecuencia no se hará esperar: un hombre íntegro va a agradecer a Dios de rodillas cuando ustedes partieron “*ad patres*”, cuando ustedes se fueron a la punta del cerro, cuando murieron. Tienen que tomar esto en serio. Sin embargo, es posible que ellos, sabe Dios cuánto respeto y amor simulen, pero no tienen que darle crédito. Por eso, cuiden que cada uno luche y resuelva sus problemas.

Por cierto, desearía estar al tanto de todo. Pero intervenir, eso no se me pasa por la mente. No intervengo. Permitan al joven hacer “chiquilladas”. De otro modo, más tarde no llegarán a ser personalidades vigorosas, ni los habremos educado para la vida. Educaremos muñecos, pero no personas que tengan los pies puestos en la tierra (...)

En tercer lugar, debemos hacernos innecesarios en toda la línea. Al menos ésa debe ser nuestra actitud interior.

¿Cómo lo hago? ¿Cómo se manifiesta esto? Tan pronto percibo que alguien puede caminar solo, me retiro. ¡Debe aprender a caminar solo! Tranquilamente puede hacer experimentos y ver si da alguna voltereta. Si se cae, observo si puede levantarse por sí mismo y, sin siquiera pestañear, dejo que se levante.

En todo caso, tienen que hacerse innecesarios. Si no quieren ser nunca innecesarios, háganse siempre superfluos. Si quiero tener para mí a los otros, si trato que se apeguen a mi persona y para ello hago concesiones, la relación que se establecerá será sólo pasajera. Por eso, apenas percibo que alguien puede andar por sí mismo, conscientemente me hago a un lado. Es preferible comenzar a hacerlo demasiado temprano que demasiado tarde.

En segundo lugar, esto también es algo esencial, no busquen nunca el favor del educando. Nunca le digan: “¿Por qué no te unes a mí?” Más bien hay que ser claros y directos: si quiere irse, entonces, las puertas están abiertas. (...)

Si buscan la complacencia de los suyos, una persona de nobles sentimientos les va a responder siempre justamente con lo contrario. Tal vez exteriormente se comporte ante ustedes en forma correcta, pero pronto se les subirá a la cabeza y ya no serán ustedes los que educan. Se les pondrá, en cambio, en la cuerda floja. (...)

Estas cosas se pueden aplicar en cualquier tipo de conducción, ya sea que se trate de la dirección espiritual o que se dirija un regimiento. En la misma medida en que sepamos unir respeto y amor, tendremos el tino de actuar como corresponde. Y si alguna vez ustedes cometen algún desacierto, - y éste es un derecho humano - el Padre Dios también estará junto a nosotros. Él va a cuidar con nosotros. Si tenemos realmente una relación personal con el tú, nuestros errores no causan daño. Sólo tendríamos que ser lo suficientemente sinceros como para confesar que hemos hecho una tontería.

IV. La pedagogía de confianza en el trasfondo de la gracia

1. Observando la realidad

1.1. Una confianza y fe sobrenaturales

En los puntos tratados anteriormente hemos destacado más la confianza y la esperanza a nivel natural, sin dejar por ello de considerar su dimensión sobrenatural. La gracia edifica sobre la naturaleza. Si no se da en el plano natural una actitud de confianza relativamente acendrada, será difícil que la gracia pueda desplegar en ella toda su potencialidad.

Cuando el P. Kentenich propone la pedagogía de la confianza lo hace desde la perspectiva –válida para todo su sistema pedagógico– de la armonía entre la naturaleza y la gracia. El hombre nuevo vive de la esperanza teologal, como vive de la fe y el amor teologal. *Las virtudes teologales suponen, asumen, sanan y perfeccionan las actitudes naturales de la persona en el orden natural.*

Pero las virtudes teologales de la esperanza y la confianza a menudo no son destacadas suficientemente en la evangelización y educación de la fe. Más bien se insiste en las virtudes de la fe y de la caridad. Por eso, la esperanza teologal a veces resulta ser una virtud un tanto relegada a un segundo plano.

En las reflexiones siguientes, queremos destacar más claramente la dimensión sobrenatural de la pedagogía de la confianza.

Al inicio de este texto nos referimos a aquellos factores que hacen difícil, especialmente hoy, la actitud de confianza, debido a nuestra propia fragilidad e inseguridad existencial, acentuadas por una cultura que ha destruido los vínculos sanos, generando gran desconfianza e inseguridad en innumerables personas y en la sociedad en general.

1.2. El sentimiento de la propia dignidad y la confianza a la luz de la fe

¿Cómo lograr que los educandos crean en sí mismo si día a día experimentan sus propias falencias y miserias? ¿Cómo ayudarles a confiar en los demás si experimentan y son testigos de tanta claudicación, irresponsabilidad y aprovechamiento? ¿Cómo cultivar en ellos la audacia y valentía necesarias para emprender las tareas que el Señor les confía?

Nos hemos referido a la confianza en sí mismo y a la confianza que tiene la persona de alcanzar las metas que se propone. Humanamente hablando no es fácil. Una pedagogía de la confianza que sólo cuenta con lo que se puede lograr a partir de las fuerzas naturales, no alcanza su objetivo.

Solo a la luz de la fe, el educador y los educandos pueden descubrir y aquilatar en su verdadera dimensión la magnitud de su dignidad, autovalorándose en una nueva dimensión. Somos hijos de Dios Padre, partícipes de la naturaleza divina, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo.

Por eso reza así el prefacio dominical:

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Quien, por su misterio pascual, realizó la obra maravillosa de llamarnos del pecado y de la muerte al honor de ser estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo

de su propiedad, para que, trasladados de las tinieblas a tu luz admirable, proclamemos ante el mundo tus maravillas.

Fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios. El educador tiene ante sí personas revestidas de esta dignidad y su labor consiste en que ellos tomen conciencia y adquieran una actitud y comportamiento acorde con su dignidad. El conocido llamado de san León Magno: *“Agnosce, oh homo, dignitatem tuam”*, ¡Hombre, conoce tu (verdadera) dignidad!, cobra hoy aún más actualidad que antes.

El respeto –elemento básico de la pedagogía de confianza– que merece toda persona humana, adquiere de este modo una profundidad que supera ampliamente una mirada puramente humana.

Ahora bien, ese sentimiento del propio valer se ve constantemente amenazado por nuestras continuas fallas, debilidades y miserias. La culpa y las consecuencias del pecado pesan sobre nuestra conciencia, aunque tratemos de reprimirlas o busquemos todo tipo de compensaciones para mitigar ese sentimiento.

Es en este contexto cuando aparece con mayor fuerza aún la necesidad de la redención que nos entrega Cristo Jesús. La autorredención, que hoy proponen diversas corrientes culturales, especialmente de la Nueva Era, en verdad no se logra. Es solo Cristo quien nos redime por su entrega en la cruz, regalándonos su misericordia y su perdón, lavando nuestras miserias y restaurando nuestra dignidad en forma inalcanzable para nuestras capacidades humanas. San Pablo lo formula así: “Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Ro 5,20).

La tarea del educador implica entregar un amor que libera y enaltece a las personas que tiene a su cargo. El está llamado a ser instrumento de perdón y misericordia, que rescata y ayude a que los suyos se sepan y sientan amados y elegidos por Dios, no a pesar de sus miserias sino precisamente porque Dios ama y escoge “la nada de este mundo” (1Cor,1,27), porque él exalta a los humildes y enriquece a los pobres.

Si el hombre actual no entra en esta dinámica del amor divino, no logrará superar su sentimiento de culpabilidad y de inferioridad: la pedagogía de confianza, iluminada por la fe, posee el poder de sanarlo.

Necesitamos, para contar con una sana autoestima, reconocer y ser perdonados y liberados de nuestras culpas. Necesitamos redención; necesitamos de Cristo Salvador, que ofreció su vida para obtenernos la gracia del perdón. La gracia que nos regala el inefable don de ser hijos de Dios, miembros de su Cuerpo y templos del Espíritu Santo.

Sólo la fe nos convence de ello. Sólo el Espíritu Santo puede darnos interiormente ese sentimiento y conciencia del propio valer y de la propia dignidad. Aunque humanamente parezcamos inútiles y despreciables, si nos dejamos coger por Dios y somos objeto de su amor poderoso y misericordioso, nadie podrá quitarnos la alta autoestima que se fundamenta no en nuestras obras o méritos sino en la gracia de Dios.

Tenemos confianza de hijos en la bondad y el poder de Dios. Y esa confianza debe constituirse en la roca que afiance la aceptación de nuestra realidad y de

nuestra grandeza. Es la confianza que animaba a san Pablo cuando decía: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4,13).

La gracia de la filiación divina derriba todo sentimiento insano de pequeñez y de minusvaloración. Es lo que canta María en su Magnificat: “El Señor hizo cosas grandes en mí”. Un hijo de Dios puede estar en la miseria, puede haber caído hasta lo más profundo, puede contar con múltiples heridas y falencias, puede ser y valer “muy poco” para quienes lo ven y lo tratan, pero ese ser, si ha tendido sus manos al Dios que nos salva, perdona y libera, es colmado de su gracia, es revestido de su gloria y convertido en un predilecto del Señor: por eso tiene motivos de sobra para valorarse y contar con una alta autoestima y confianza.

1.3. El llamado a realizar grandes cosas

Junto a la necesidad de afianzar la autoestima y la conciencia de la propia dignidad, como hijos que han sido redimidos por la sangre de Cristo y se han convertido en templos del Espíritu Santo, el educador posee la tarea de ayudar a los suyos a confiarse plenamente en el poder del Dios providente, que nos trajo a este mundo y que conduce nuestra existencia según su plan de amor. El cristiano cree en su poder, sabiduría y misericordia; cree que Dios Padre nos llama a realizar grandes cosas como cooperadores en su obra creadora y redentora.

El educando no sólo tiene que poseer confianza en sí mismo, sino que, basado en esa confianza, tiene que creer y confiar que puede hacer muchas cosas, que es un instrumento en manos del Señor y que es él quién le confía una tarea en la construcción de su Reino aquí en la tierra. Así como vive de la fe, vive también de la esperanza, sin dar paso ni al pesimismo ni a la depresión.

Quien educa según la pedagogía de la confianza debe lograr que los suyos superen la inseguridad, las angustias, el desánimo y la carencia de esperanza ante las tareas y desafíos que deben enfrentar, cuando es preciso arriesgarse y echar las redes en el lago como lo hizo Pedro. Cobra entonces renovada importancia que cultive en ellos una confianza y esperanza sobrenatural, ya que humanamente no serán capaces de aventurarse y enfrentar los desafíos y reveces que amenazan nuestra existencia. Sobre esta base, el educador los anima a emprender con optimismo y decisión, las tareas y obras queridas por Dios, aunque estas los superen.

Si Dios lo quiere, si él nos lo pide, entonces, porque él nos da una fuerza sobrenatural, sí podemos poner manos a la obra. El Señor fecunda nuestras obras; nos regala una fecundidad que no se explica simplemente por lo que nosotros humanamente hacemos. Somos capaces de realizar muchas más cosas de lo que humanamente podemos hacer.

La labor del educador consiste en fomentar e infundir en los suyos el valor de confiar no solo en su propio poder y capacidad o en el apoyo que otros pueden brindarles. Por ese camino no llegarían muy lejos. Él tiene que fomentar en ellos una confianza y esperanza inconmovible y victoriosa, para que sean capaces de superar todas las contradicciones y vicisitudes de la contingencia humana, porque su confianza y esperanza están sumergidas y animadas por la gracia que infunde en su alma el Espíritu Santo.

De esta forma, la fe confiada y la esperanza sobrenatural les permite esperar contra toda esperanza, estar cobijados y seguros, acometiendo las tareas, sorteando los obstáculos y realizando las obras que el Dios vivo les encomienda. Lo que humanamente es imposible, con la gracia de Dios es posible.

2. Necesidad de fortalecer la confianza y esperanza sobrenatural

2.1. La confianza del educador en sí mismo

No solo los educandos deben conquistar una alta estima de sí mismos a la luz de la fe, afianzando su confianza por todo lo grande que Dios les ha regalado gratuitamente. También ello constituye una tarea central, primaria, del mismo educador.

Al inicio de los textos sobre educación kentenijiana, destacamos la conciencia que el educador debía tener de saberse un elegido por Dios, un instrumento en manos de Cristo, el Buen Pastor y del Espíritu Santo. Constantemente lo conforta y anima la conciencia de elección, la convicción de que el Señor se quiere valer de él, prolongando su labor pedagógica a través de su entrega al cuidado de los suyos.

Si san Pablo podía decir: “No soy yo quien vive sino es Cristo quien vive en mí” (Cf. Ga 2, 20), también él puede afirmar de sí mismo algo semejante: Cristo actúa en mí, él es quien educa a través de mi persona y su gracia es la que hace fecunda mi labor.

El educador está llamado a realizar cosas que humanamente lo superan y que él, por sí mismo, no podría lograr. Pero, con san Pablo, tiene que mostrar y dar testimonio ante los suyos de que “todo lo puede en aquel que lo conforta (Cf. Flp 4,13): y ese testimonio avala lo que enseña con sus palabras.

2.2. Confiar en la Providencia divina

El educador, como hemos señalado, está llamado a fomentar en los suyos las actitudes de la confianza y esperanza sobrenaturales. Pero, considerando la realidad concreta que estos viven, considerando los factores que remecan y horadan constantemente el edificio de la confianza, ¿cómo puede lograrlo?

El mundo de la fe, y específicamente de la fe en el Dios vivo, en su divina Providencia, que constituye el fundamento de nuestra confianza sobrenatural, hoy es poco común. El punto clave en que se prueba nuestra confianza es en el creer que contamos realmente con la presencia y ayuda de Dios en las circunstancias concretas de nuestra vida diaria, creer de verdad en el Dios providente. Pero creer hoy en la divina Providencia no es fácil: a Dios se le ha relegado a un rincón sin importancia o simplemente se lo ignora. Los constructores de este mundo han desechado la piedra angular...

Solo predicar las verdades de la fe y anunciar la doctrina sobre la Providencia divina, ciertamente hoy no basta. El mundo sobrenatural de la confianza y esperanza teológica, más que por sus palabras, el educador debe transmitirlo por el testimonio de su propia vida. Actualmente se vive una extraordinaria “crisis de

la palabra". Si la palabra no está avalada y no se ve encarnada en quien la proclama, resulta ineficaz.

El educador de la fe, lo primero que tiene que mostrar a los suyos es la vivencia de su propia confianza sobrenatural, haciéndola palpable y creíble en su persona y en su manera de enfrentar la vida.

Es preciso que los educandos puedan percibir las verdades de la fe, de la confianza y esperanza sobrenatural, en primer lugar, no en forma intelectual o doctrinal. Tienen que poder vivenciar esas verdades en la persona del educador, en lo que irradia y enseña por su modo de ser, su modo de pensar y de actuar, por el testimonio de su seguridad y arraigo en el Dios vivo. El debe transmitir e irradiar vitalmente su inmovible seguridad en Cristo el Señor, en Dios Padre y en su Providencia divina.

2.3. La semilla de la confianza sobrenatural germina en la buena tierra

Si bien su testimonio de fe en el Dios providente es esencial, desde el punto de vista psicológico no es suficiente. La gracia supone la naturaleza. El educador siembra las verdades de la fe, respaldado por su ejemplo, pero, al mismo tiempo, tiene que considerar el terreno en que cae esa semilla. Y ese terreno normalmente es árido y pedregoso, donde abunda la cizaña y múltiples factores impiden que la buena semilla eche raíces profundas.

Hemos señalado, a la luz de la realidad vital de los educandos, que la carencia de vivencias sanas de paternidad y maternidad, hacen difícil que los educandos entren en el mundo de la confianza. En nuestra cultura está profundamente socavado el mundo de la confianza. La experiencia paterna y materna y la carencia de hogar se extienden como una epidemia por todos los continentes, y esta epidemia marca hondamente al hombre actual con el sino de una desconfianza originaria, que lo penetra hasta su inconsciente.

¿Cómo puede recibir positivamente el hombre actual ese mundo de la confianza y de la esperanza sobrenatural? Se puede sembrar la semilla de las virtudes teologales, pero, pedagógicamente, hay que preocuparse de preparar el terreno en que cae esta semilla.

Al entregar la Buena Nueva del Dios providente y poderoso, que nos ama y nos guía, normalmente el educador tiene que cumplir una tarea de decisiva relevancia pedagógica: es preciso que logre que los suyos, a partir de la vivencia de su persona, de lo que él es y de su forma de darse a sí mismo, les sea posible experimentar la confianza enaltecida que él les inspira. Y esto de tal modo que esa confianza penetre hasta su inconsciente y sane su sentimiento vital. A través de él los suyos deben poder recobrar la confianza en sí mismos y en lo que son capaces de realizar.

Entonces la buena semilla arraigará en buena tierra y dará mucho fruto. De su labor pedagógica, surgirán hombres y mujeres profundamente anclados en la seguridad y paz que solo Dios sabe dar, que sean capaces de enfrentar la vida con una esperanza que nada logre extinguir.

Resumiendo:

La pedagogía de la confianza quiere destacar la virtud sobrenatural de la confianza y darle el lugar que se merece en la vida de todo hijo de Dios. La esperanza confiada es una virtud esencial, particularmente para el hombre actual, para el hombre que peregrina, que está en camino, para aquel que, sin tenerlo todo y pasando por múltiples penurias, sabe que Dios está con él. Con san Pablo puede confesar “todo converge al bien de los que aman a Dios” (Ro 8,28) y que “ninguna cosa es imposible para Dios” (Lc 1,27).

La pedagogía de confianza verdaderamente es capaz de liberar al hombre de la angustia y de la depresión; le permite vivir seguro, en paz y confiado, en medio de un mundo donde reina la inseguridad y la incertidumbre.